

## Más allá del pánico

Seudónimo: Merewen Telrunya

Crecí con mi madre en una enorme casa verde bandera cerca del Sur. No tuve muchos amigos en mi infancia y a decir verdad tampoco en mi adolescencia, ni ahora. Quería ser piloto aviador y volar, viajar de un lado a otro y tal vez desaparecer entre las nubes. Nunca lo hice, no lo logré. Recuerdo muy bien una noche. Mi mamá me acostó en mi cama, me besó la frente, se aseguró de que me mantuviera caliente, apagó la luz y salió del cuarto. Tuve un sueño extraño: Una señora vestida de negro se encontraba frente a mi puerta y no me dejaba salir, se acercaba más y más. Una intensa comezón me invadió. Algo me aplastaba el pecho y tampoco podía respirar bien. Se acercó más; con una boca pálida y palabras fúnebres que resonaron en el cuarto, me dijo mientras su murmullo se coló por mis oídos hasta llegar a mi cuello: –Diego, estás condenado. Esta noche te llevo conmigo – No podía ni siquiera gritar. Me desperté cuando tiré el vaso de agua que mi mamá había colocado cerca por si me daba sed en la noche. Aterrorizado pisé con los pies descalzos, el frío mosaico hasta llegar a la habitación de mi madre: ahí estaba ella, dormía apaciblemente apenas cubierta por unas finas sábanas. Con cuidado para no despertarla, me recosté cerca de ella y la abracé por la cintura; sentí su tierno calor junto a mí. Aquella noche dormí cómo nunca y mi mamá también porque nunca volvió a despertar; yo amanecí aferrado a su cuerpo, no me levantó para ir a la escuela y no me importó, pues dormí hasta la una de la tarde junto con ella. Solos los dos. Dos noches siguientes mi mamá todavía no despertaba y yo tenía hambre, salí enfundado en mi maloliente pijama y toqué la puerta del vecino: –Mi mamá no despierta desde el lunes- Pronto la casa se llenó de curiosos; una ambulancia llegó y se la llevó. Yo no lloré, veía todo desde la ventana seguro de que regresaría. Una semana después cuando mis tías vinieron por mí, me di cuenta de lo equivocado que estaba. Entonces sí lloré y me agarré con consternación de las patas de la cama de mi mamá, mis tías me jalaban hasta que lograron meterme al coche, traían consigo una enorme maleta con mis cosas. Desde el asiento trasero del auto volteé a ver mi casa por última vez y mi mamá se despidió de mí agitando la mano desde la misma ventana donde yo me había sentado noches enteras esperando su llegada. Yo tenía nueve años. Ahora tengo 27 y soy desempleado. Pero antes de

que me catalogaran como un vago sin futuro trabajé en muchas cosas: cuando cumplí los catorce años me embarqué en una aventura sin sentido por Lorenza. En aquel tiempo era la única con la que hablaba de vez en cuando, especialmente cuando yo salía huyendo por las noches y corría por las calles; así que cuando se mudó a otra ciudad, se me hizo lo más natural seguirla. Cargando una raquítica mochila fui en su búsqueda. Logré juntar para mi pasaje y para la comida que consistía en hamburguesas y refrescos. Después de muchas penurias, llegué hasta la dirección que Lorenza me había escrito atrás de una envoltura de chocolate que todavía guardo. Reconozco lo difícil que fue el atreverme a tocar el timbre; la casa era imponente. Parecía que había dentro una reunión, me apenó traer puesta la ropa vieja con la que llegué, hasta olía mal, no me había bañado en una semana que duró mi viaje. Requerí reunir todo mi valor para acercarme y tocar. Un hombre prepotente me abrió; con humildad pregunté si estaba Lorenza, casi me dio con la puerta en las narices antes de gritarme que ahí no vivía ninguna Lorenza y que si me veía rondando cerca llamaría a la patrulla. Me senté afuera de la casa toda la tarde y toda la noche. La amaba, mi corazón latía cada vez que recordaba su barroso rostro. Me senté en la acera frotándome los brazos por el frío, en eso pasó caminando un señor regordete con una chamarra azul, se veía decente y hasta me sonrió, pero sus ojos, esos ojos..., efecto del alcohol o de las drogas me vieron lujuriosa y fijamente. Quise huir lejos, pero el miedo me paralizó y antes de que lograra reaccionar se acercó con una agilidad de gato y me arrebató mi mochila. Desapareció con todo lo que tenía: veinte pesos, un sándwich, mis comics, la sudadera de mi tía, y la pluma que era de mi mamá. En vano corrí para alcanzarlo; cuando regresé a mi banqueta, iba llorando. Me senté de nuevo, una patrulla apareció y un policía me interrogó: que de dónde era, que hacía ahí, que como me llamaba, etc. Yo trataba de explicarle que me habían robado y que si se apuraban aún lo alcanzarían, me subieron a la patrulla y cuando volteé al piso ahí estaba esperándome: Mi mochila. Ellos la tenían ¿cómo? yo tampoco lo sé; perdí la noción del tiempo entre los separos, fotografías, huellas, hambre, miradas de reproche, otras de burla, día, noche, tic-tac, tic-tac. También he trabajado en oficinas: cuando salí de la prepa, me ofrecieron laborar en un despacho realizando las funciones de la secretaria; era un buen sueldo. Todos los días a las cinco de la mañana miraba a través del tragaluz para observar si alguien

estaba afuera; una vez comprobado que no, me metía a bañar con agua helada, porque la caliente produce vapor y el vapor empaña los espejos y al verte en ellos no ves tu reflejo sino sombras de lo que eres. Después mi traje azul o negro y regresaba a mi cuarto cuidando de no despertar a mis tías, volteando a todos lados, pues aún estaba oscuro y a mí no me da miedo la oscuridad en sí, sino lo que se esconde en ella: rateros, violadores, espectros, sombras y miedo. Respiraba hasta el momento en que cerraba detrás de mí la puerta de mi recámara y encendía la luz; las cuatro paredes me recibían diciéndome: “Lo has logrado una vez más”, me persignaba y salía de la casa lo más rápido que podía. Mi verdadero día era cuando terminaba de cerrar las 5 chapas de mi casa: corría con ansiedad hasta la parada del camión dónde un par de personas esperaban conmigo: la primera era una mujer de unos cuarenta años con mirada penetrante y cutis arrugado, me veía como si quisiera raptarme; yo nunca le contesté su sádico “Buenos días”; el segundo era un tipo enorme. Portaba siempre una gabardina negra no importando si hacía calor o frío y un sombrero al estilo de los cincuentas, fumaba demasiado y detrás de mí, pero yo me alejaba hacia la izquierda, elevando mis oraciones al cielo para que el violador se alejara o que el camión pasara rápido. Siempre pasó primero el camión. Subía, entregaba mis monedas al conductor sentándome junto a la puerta de salida. Al fin a la oficina: el despacho estaba en el pent-house de un edificio lujoso, por lo que deducimos que el despacho era lujoso también: de nuevo estás en un error porque era una basura. Me gustaba. Subía corriendo las escaleras, porque el elevador podría trabarse. Enviaba fax, cartas, recibía llamadas importantes, llevaba la comida para los jefes Alex y Edgar: un par de cerdos mentirosos que se escondían tras una engañosa apariencia de personas buenas. No convenía ser su enemigo por lo que yo traté de llevarme bien con ellos. Me corrieron sin darme explicación cuando una joven de dieciséis años llegó a solicitar mi puesto; pobrecita y ella creía que era por sus buenas aptitudes, ja, ja, creo que ellos también la contrataron por sus “buenas aptitudes”. Cuando entré a la Preparatoria me costó mucho trabajo adaptarme; me resigné a pasar desapercibido entre los integrantes de mi generación. Fui la burla de todos cuando se enteraron que Lorenza me había dado mal su dirección a propósito.

Anoche estaba recostado en mi cama y mis ojos se me cerraban; fueron inútiles mis esfuerzos por mantenerme despierto y cuando comencé a dormir, sentí como que me iba a caer en un abismo ¿Nunca te ha pasado? Qué sientes como que te hundes y despiertas agitado para después volver a dormir casi instantáneamente. Ahí me encontraba yo, luchando contra mi mismo. No me gusta dormir porque siempre que duermo sueño y siempre que sueño tengo pesadillas. Además creo que eres un blanco fácil si duermes, ¿Cómo te defiendes si alguien entra a tu casa y tú estas dormido? Yo he sabido de mucha gente que ha muerto así o por fugas de gas o por incendios o por ladrones que sin lástima te matan... Tengo mucho frío, siento mis manos congeladas. Hoy no ha sido un buen día. Trataron de sacarme a pasear (exacto: como perro) al jardín; no acepté. Aún me queda un dejo de dignidad. Una cosa es que no me crean y otra muy diferente es que lo que digo sea mentira. No lo es. Mi madre vino anoche a saludarme; no me agrada que venga: se sienta al filo de mi cama y la mueve cuando estoy dormido. Sé que estuvo aquí porque un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando desperté. A menudo están ahí cerca ¿Sabes? Cuando menos lo esperas, en el lugar menos indicado están los espíritus o como quieras llamarles y no es necesario que los veas, ellos siempre están asechándote muy de cerca. Tal vez en estos momentos que lees esto tienes uno a tu lado y sientes frío en la mejilla derecha; esta muy cerca, observando con sus horribles ojos sin fondo. No te preocupes: no te hará daño. A menos por supuesto, que se metan en tus sueños y las conviertan en pesadillas, eso es frecuente en ellos, creo que les divierte. En fin, no me gusta este lugar ¿Ya lo había comentado? Todo es tan impersonal: nadie te trata como gente. Eres un saco de huesos que respira y come y ocupa el lugar de otros por ocuparlo, aunque eso es verdad. Ahora me siento como un indigente pero no siempre fue así. Cuando llegué a la casa de mis tías y tenía nueve años me pareció grande pero horrible: con un olor a viejo que salía de todas las cosas y mi cuarto era aún peor. Como eran dos mujeres mayores solteras, no estaba bien que yo me quedara en la misma casa que ellas y ni pensar en la misma habitación: me arreglaron una al final del patio. Un cuartito frío y apestoso con una cama usada y con manchas amarillas en las sábanas, una ventana que hacía ruidos extraños y las buenas noches. La primera fue espantosa, las ramas de los árboles pegaban en mi ventan. Una rata pasó por mis pies como si yo

estuviera invadiendo su espacio y un hombre entró, acostándose al lado mío. Yo no me di cuenta hasta que sentí como la cama se hundía del lado izquierdo. Me paralizó el miedo cuando vi que no tenía consistencia, era una vil sombra: la de mi abuelo que todas las noches durante sus setenta años de vida, había dormido en esa cama. Su espíritu ni siquiera notó mi insignificante presencia junto a él. El doctor les dijo a mis tías que tenía neumonía porque me quedaba a dormir todas las noches en el patio —Eso es imposible —Dijo mi tía Margarita— Yo misma lo acuesto todas las noches —Pues Diego ya me confesó que le da miedo dormir solo y por eso se sale con su pijama a dormir en el pasto mojado. Mis tías se horrorizaron de tales costumbres; me dieron una tunda que me dejó una cicatriz en el hombro y me acondicionaron una cama en su propio cuarto. Ya estaba acompañado. Aún no era feliz pues roncaban como si un ferrocarril durmiera en su lugar y el abuelo ya no me incomodaba, ahora eran los ruidos en las paredes. Se escuchaba que rasgaban el papel tapiz de la escalera y muchos pasos subían corriendo y saltando algunos escalones hasta detenerse en la puerta del entrada al cuarto, momento en el cual yo me aferraba a mi cobija como si aquella delgada y sucia mantita, fuese a protegerme. Tres años transcurrieron. Cuando cumplí doce pasó algo terrible, algo de lo que me arrepentiré por siempre: yo pensé que el baño estaba desocupado y entré; mi tía Roberta estaba desnudándose para meter sus celulíticas carnes a la regadera y la vi, vi todo: sus flácidos senos, su panza aguada y hasta las estrías de sus piernas ¡Todo! De lo que no me retracto es de las palabras que le dije esa tarde al sacerdote: —Mire Padre Miguel, yo le juro —No jures en vano — Bueno le prometo que no fue a propósito, yo pensé que no había nadie además créame, se lo digo de hombre a hombre —El padre alzó una ceja— Nadie jamás haría tal cosa a propósito ¡Ver a la tía en cueros! Es un martirio peor que los fuegos del infierno. Al día siguiente estaba en un camión lleno de niños que se dirigía al orfanato. Fue uno de mis mayores logros: deshacerme de mis tías y encontrar un nuevo lugar dónde vivir lejos de ruidos raros y fétidos olores. Creía que el lugar sería una linda casita dónde unas buenas maestras cuidan a los niños (¡Que imaginación!) claro que algunos años después me adoptaron ¿Y quien crees que fue? Pues mi tía Margarita que se arrepentía de haberme abandonado. Antes de que me enclaustraran aquí en contra de mi voluntad sucedieron muchas cosas, desagradables pero comunes, aunque yo no soy un tipo común.

Estaba estudiando el último año de la Preparatoria. A la hora de la salida caminábamos en grupo hasta la avenida principal por seguridad pues en esa zona asaltaban mucho a los estudiantes. Un día se me ocurrió irme antes a la casa porque en verdad me sentía muy mal: al no tener dinero para un taxi, me resigné a caminar las cinco cuadras yo solito. Traía mi cartera con la foto de mi mamá, mi sudadera, veinte pesos, un sándwich, mis comics, mis plumas y adivina que me sucedió ¡Exacto! Me asaltaron y me secuestraron además. Dos tipos me subieron a una camioneta blanca sin que yo opusiera mucha resistencia porque ante una pistola no puedes hacer mucho escándalo a menos que seas estúpido o sepas como defenderte, lo cual no era mi caso. Durante dos días se escucharon en las noticias el caso de “Dieguito”. Estudiante de Preparatoria, desaparecido el día veintisiete de Febrero; sus fotografías desde bebé aparecían en la televisión para conmover a sus raptos y el pueblo se indignaba por la maldad de sus carceleros. No contaban con que los secuestradores no veían televisión. Me soltaron a los dos días dejándome medio muerto junto al parque del reloj y tenía tan mal estado que nadie se detuvo a ayudarme. Una de las conductoras del noticiario que se habían encrespado por mi desaparición, pasó cerca del lugar mirándome como si fuera un drogadicto, no me dio un puntapié porque la providencia es muy grande. Cuando llegué a mi casa sólo necesitaba dormir pero mis tías con cientos de preguntas odiosas: ¡¿Qué te hicieron?! ¿Dónde estuviste? ¿Qué te quitaron? ¿Por qué no nos hablaste? Porqué, porqué, porqué, bla, bla, bla...En la escuela algunos se acercaban por curiosidad y me decían que lo bueno era que estaba vivo. Si claro estaba vivo con una pierna fracturada, una cicatriz cortándome en dos la cara y pavor al ver fuera de la ventana del salón, al caminar por la calle, cuando alguien me llamaba, cuando un coche pasaba cerca de mi, al sonar el teléfono, cuando estaba sólo, cuando cerraba los ojos para dormir para pestañear; un miedo tan penetrante que no me dejaba vivir, no lograba respirar bien ni detener el temblor de mis manos, tanto que en mi letra se notaba la vibración de mis extremidades. No todo en mi vida ha sido tan patético. He tenido días excelentes: recuerdo cuando cumplí veinte años. Me sentí adulto por primera vez, me deshice de mis tías por fin y renté un cuartito muy pequeño en la azotea de unos edificios que estaban frente a mi ex-escuela. Pasé días con hambre y enfermo además. No me quedó de otra más que trabajar, entonces se me hizo fácil entrar a un hotel

como recepcionista. Al principio me divertía ver como los autos entraban y salían a las tres horas; los hombres se veían orgullosos y las mujeres apenadas. Me gustaba estar ahí cobrando y viendo. ¡Eh! ¿Qué fue eso? Unos pasos se acercaron a mí y un aire frío se me coló en el cuello. Alguien estaba estornudó detrás de mí, los pasos se alejaron desapareciendo en la noche. Rosita la camarera, me dio un bolillo para el susto, me atraganté y tosí como perro. Mi horario de trabajo era de las siete de la noche a las seis de la mañana. Yo era feliz porque ya no estaba solo en las noches. Las puertas de los cuartos eran de madera vieja y el elevador tenía una reja oxidada. Los pasillos eran lúgubres y angostos; las cortinas de terciopelo verde anticuado que cubría las miradas de los curiosos, estaban empolvadas. Rosita no se daba abasto nunca. Las camas crujían cuando te acostabas, algunos cuartos no tenían televisión los más viejos y baratos. Sé todo esto porque una vez no soporté y me quedé dormido en uno de ellos pero un sonido me despertó: escuché que Rosita andaba por ahí limpiando en el cuarto de al lado y prendió la tele pero eso no era. Había alguien más en mi cuarto; unos murmullos procedían del interior del closet y frente a mí la ventana se abrió de par en par. Me paralicé y observé aterrado como una sombra con forma de hombre salía del closet dirigiéndose al cuarto de al lado; desapareció en el baño. Mi curiosidad me ganó y me asomé, gran error: no vi nada. El espejo... el espejo no tenía mi imagen ¡Bueno! si era yo, pero aquella no era mi mirada, mi gesto era diabólico y me veía fijamente mientras trataba en vano de gritar. Hasta que logré moverme y salí corriendo del hotel al cual nunca regresé, mientras huía despavorido por las calles solitarias, recordé cuando hacía lo mismo en secundaria, cuando salía huyendo por las noches y alguien me perseguía siempre. Un momento, estaba solo en la noche de nuevo, solo ¡Solo! sin nadie que me protegiera o paredes que me resguardaran. Me frené en seco delante de una caseta de policías y toqué desesperadamente la puerta. Nadie abrió. Debí parecerles un loco cuando les gritaba: —¡Abran por piedad!, ¡Abran la puerta! ¡Me persiguen! ¡Ayúdenme! Ayúdenme...

Lo poco que recuerdo de mi padre es que era alto, pálido como yo. El tono de su voz: la más profunda que haya escuchado. Cuando me regañó por última vez. Me tiró al suelo y me levantó por los hombros su voz penetró en mi cabeza sus palabras me perforaron —¡Jamás volverás a hacerlo! ¡Eres el

único culpable de que tu hermano halla...!— Me gritaba y mi madre chillando — ¡Fue un accidente! jugaban ¡deja de pegarle! — Mi papá no hizo caso, me golpeó con su cinturón hasta que se cansó. Mi mamá curó mis heridas y a veces una de sus lágrimas se derramaba por mi espalda al abrazarme; cuarenta latigazos habían sido suficientes para un niño de cinco años. Aún tengo las marcas en mi espalda como recordatorio. Yo no sabía que pasaba, nada más jugábamos football en la calle no vi ningún automóvil cerca ¡No vi nada papá! ¡Lo juro! ¡Yo no vi nada, no es mi culpa! A los dos días se fue dejándonos solos. Yo vi todo, vi cuando se fue desde la misma ventana en que esperaba a mi mamá, quien por cierto, aquel día no estaba. Mi papá no se despidió de mí; me interpuse entre el y la puerta —¿Por qué te vas? ¿Y Juanito? Mi papá me aventó contra la pared sin ningún esfuerzo o un adiós. Esa fue la última vez que lo vi, no he vuelta a saber de él, ni de Juanito... Hace mucho frío, deben de andar cerca de mí, muy cerca. El otro día iba caminando por la calle ¡yo solo! Fue un acto heroico y escuché gritos que provenían de un callejón quise alejarme y correr pero la curiosidad ganó y me asomé al terreno baldío de dónde salían los gritos. Había una mujer tirada en el suelo, ensangrentada, pidió ayuda. Al no encontrar a nadie cerca, me aproximé y me arrodillé junto a ella, se aferró a mi camisa negra y arrugándola, me pidió auxilio.—¿La asaltaron? —Le pregunté cortésmente. Asiéndose de mi pantalón, se levantó y llorando aún más fuerte me abrazó como si fuera yo su salvador. Me dio miedo, ni me conocía. Tenía muchas heridas, sentí pena por ella —¿Dónde vive?— no contestó. Volví a repetir la pregunta. Escuché unos pasos. Una sombra se proyectó en la pared y ahí fue el acabose. Dos tipos ebrios se abalanzaron en contra de nosotros, uno sobre mí y otro sobre ella. Los dos rameros reían a carcajadas y mientras uno me golpeaba, el otro la besaba a la fuerza. Pronto comprendí que todo era una trampa. No sé si ellos fueron los que la lastimaron, pero lo harían de nuevo y a mí también por detenerme a ayudarla. Nunca me había peleado a golpes; aquella vez lo hice y con todas mis fuerzas tomé una roca y la estrellé en el ojo derecho del ratero. El tipo lloró tratando de detener la sangre que brotaba a chorros del lugar dónde había estado su ojo. El otro no trató de huir, ni siquiera se inmutó: él seguía en lo suyo. La mujer lo mordió, lo rasguñó, todos sus intentos por defenderse fueron en vano. El tipo colocó todo el peso de su cuerpo produciendo espantosos gemidos, yo no sabía si ayudarla o irme,

no era mi problema. El imbécil traía consigo una navaja que después sacó para amenazarla. No se dio cuenta que yo estaba ahí ni su compañero desangrándose en el suelo. Me da pena confesar que había algo de morbo en el espectáculo que estaba contemplando. Lo que evoco con facilidad son los gritos, no sé si eran míos, pero sonaban agudos y desesperados. Cuando no soporté escuchar más alaridos algo extraño surgió de mis adentros y con un gran rugido lo aventé, le quité la navaja y la clavé en su cuerpo decenas de veces. Me salpicaba la sangre, y ya no respiraba, pero yo seguía matándola, hasta que la mujer ya no gritó más, su rostro se convirtió en una mole de carne irreconocible. El maleante se hecho a correr señalándome, mientras en su rostro se reflejaba un pavor inmenso a que yo le diera caza, lo cual por supuesto, no era mi intención, pues la mujer ya se había callado. Creí que el otro tipo no se había dado cuenta de lo que yo había hecho, pero me equivoqué cuando me grito: —¡Asesino! Y yo le respondí: —¡Cállate maldito borracho, golpeador, miserable. Para callarlo, puse la filosa navaja en su boca y la clavé en su encía, la ensarté alrededor de su boca, corté la lengua que se cayó al lodo y su otro ojo para que no me reconociera. Me costó trabajo sacarlo, así que me coloqué detrás de él y tomándolo por el cuello con mi brazo derecho, una vez que estuvo bien asegurado, utilicé mi mano izquierda para sacarle bien el ojo y no quedara nada dentro de su cráneo. Nada. Después de eso ya no se movió, lo pateé hasta que me cansé. Lo arrastré hasta que estuvo debajo del cuerpo de la mujer y le grité: —¡¿Qué se siente maldito?! ¿Qué se siente que estén sobre ti a la fuerza? ¡Mátalo! —Ordené a la muchacha— Te he salvado!- La malagradecida no se movió, a lo mejor le gustaba esa posición, pensé resignado y me fui silbando. Deposité la navaja en la bolsa de mi pantalón. Cuando llegué a mi departamento me percaté de algo muy importante: No tuve miedo de regresar a casa solo, porque yo era el miedo, lo pude ver en el rostro del ladrón que salió corriendo. No quise lavar la sangre porque era un trofeo. Un laurel a mi hazaña. Al día siguiente, unos fuertes toquidos llegaron hasta mí. Hora de ir a trabajar, mi imbecil vecino metiche me despertó. ¿Tarde? ¿Qué tan tarde puede ser para alguien con mi valor? Jamás había llegado tarde al trabajo. Aquella mañana, me quedé diez minutos más en mi cama. Mi jefe no me regañó, se percató de que mi mirada era diferente y que ya no podría reñirme más. No al valiente de Diego. Esa noche, regresé a las ocho (cinco minutos más tarde de lo normal) a casa. Apreté con

fuerza mi navaja entre mis manos, tanto que me sangraron. Evité cruzar por el mismo callejón dónde la noche anterior la mujer se quedó encima de su nuevo novio, caminé entonces por la calle “Silvio Meza”, hogar de ratas y prostitutas. Ahí iba yo silbando cuando escuché unos gritos. Se repetía la historia de la noche anterior; no dejaría que esta vez me engañaran, no señor: si a la mujer le gustaba “eso” pues yo no intervendría. Lo repugnante es que los gritos me perseguían. Marché más rápido, la voz se agudizó más. Corrí, me caí continuaban acechándome cerca, más cerca. Hasta que mi respiración no aguantó más: di la media vuelta enfrentando a mi enemigo ¿Sabes con quien me encontré? Con nada. La calle estaba desierta. Guardé mi feroz navaja en mi gabardina y caminé hacia atrás, alerta. En la madrugada, coloqué de nuevo las seis cerraduras que había quitado el día anterior de mi departamento y coloqué varios ladrillos detrás para que nadie pudiera entrar. No logré dormir, en toda la noche. Escuché como las manecillas del reloj se burlaron dentro de su estuche y cada minuto que pasó, una gota más grande de sudor recorrió mi helada frente. Miraba con ansia la puerta esperando; agudicé mi oído hasta escuchar cada uno de los sonidos: los rechinos de la cama de la gorda de al lado, los pasos de la gente en la calle, mi propia respiración, mis latidos, el crujido de las paredes cuando la temperatura descendió. Llegó un momento en que mis ojos me pesaron y mis párpados se cerraron, casi me caigo pero no fue así: un ruido diferente a los demás brotó de la nada. ¡Atención! No eran pisadas, era más bien como una pesada respiración detrás de mi ¿o al lado?. Volteé a todos lados con angustia, esperando encontrar el rostro de aquel que había invadido mi departamento sin mi autorización. Apunté mi súper navaja a la nada y cada vez que mi cabeza se movía, también aquellos suspiros espantosos se incrementaban. Quise huir ¿Pero cómo? Tampoco podía salir ¿Lo recuerdas? Los ladrillos detrás de la puerta...Me repetí la palabra “estúpido” mil veces dentro de mi cabeza, corrí encerrándome en el baño. Súbitamente, se fue la luz de todo el edificio y mi corazón dio tal vuelco que me dolió. Me acurruqué debajo del lavabo. No escuché nada más durante tres horas, lo sé porque conté cada minuto con el sonido que producían las manecillas reloj y cuando llegué al 180, supe que tenía que salir de mi escondite. Haciendo el menor ruido posible, encendí una vela que encontré a tientas. Al prenderla, mi sobresaltó fue mayor. Ahí estaba: mi imagen en el espejo. Lo

observé tratando de encontrar algún rasgo conocido, pero ese no era yo ¡Era otro ser! Le traté de sonreír tontamente enseñando todos los dientes; él hizo lo mismo, sin embargo su mueca cayó en lo diabólico. Quise correr, mas algo me hechizó de pronto; sentí que una gélida mano me sostenía por la nuca y no logré moverme de mi lugar, mucho menos cuando unos dedos fríos resbalaban por mi cabello. Continuaba viendo como mi imagen cambió hasta hacerme irreconocible. En efecto, aquel ser no era yo, era otra persona: era el hombre de la respiración, aquel que ahora me sonreía con ojos perversos, era el mismo del que había estado escondiéndome toda mi vida y lo peor es que estaba dentro de mí. Debía existir una alternativa, así que pensé y pensé tanto que vomité mi ropa; cuando me agaché para limpiarme, la luz volvió y como iluminada por el cielo: estaba mi navaja. Sólo se me ocurrió hacer lo mismo que había hecho la noche anterior con el violador: me clavé con furia el arma en mi cuerpo. Lo pasé por mis brazos, por mis piernas, por mi rostro. Entre más lo hacía, el tipo del espejo parecía complacerse más. Me di por vencido cuando él comenzó a carcajearse de mí ¡Se burlaba! Y lo odié más por eso. Un día después desperté en una habitación blanca, con sábanas blancas, cortinas blancas y con una desquiciante batita blanca sobre mí. Muchas vendas cubrían mi cuerpo, yo me las quité, porque ¿de qué otra forma iba a salir el espectro que se había apoderado de mí? Las heridas estaban infectadas y algunas despedían un olor putrefacto. Me di repugnancia. Una semana después heme aquí, en este lugar para locos ¡Pero yo no lo estoy! ¡Yo no estoy loco! Yo soy el miedo, a partir de aquel día, yo soy el miedo. Lo veo en los ojos de los médicos, de mis compañeros, se nota en la mirada de los curiosos y en la tuya... Cuando camines solo, buena suerte amigo lector, no vaya a ser que andes por aquel callejón oscuro o estés escribiendo en tu computadora y ese frío te recorra tus mejillas, haciéndote entender que no estas solo; si eso piensas ingenuo, mírate al espejo, observa bien y veras que ya no eres el ser que se reflejaba antes, también se ha apoderado de ti y ahora dime ¿Cómo harás tú para librarte de él?